

“Vida fungible”: de la impotencia a la aparición de la figura reprimida del esclavo (Paolo Virno, Judith Butler, Giorgio Agamben)

“Fungible Life”: From Impotence to the Appearance of the Repressed Figure of the Slave (Paolo Virno, Judith Butler, Giorgio Agamben)

“Vida fungível”: da impotência ao aparecimento da figura reprimida do escravo (Paolo Virno, Judith Butler, Giorgio Agamben)

Adriana María Ruiz Gutiérrez 

adriana.ruiz@upb.edu.co

Universidad Pontificia Bolivariana, Colombia



Artículo de reflexión derivado de investigación

Recepción: 2024/07/27 – Aprobación: 2024/11/06

eISSN: 2145-8529

<https://doi.org/10.18273/revfil.v24n2-2025006>

Resumen: la impotencia impide el paso de la vida biológica (zoé) a la vida biográfica (*bíos*). Concretamente, el exacerbamiento de las condiciones de vulnerabilidad transforma la potencia en impotencia y, también, al ser en algo distinto a su propia humanidad. De ahí la reaparición actual de la figura reprimida del esclavo que caracteriza, hoy, la vida de amplias poblaciones precarias, privadas de la realización de sus propias capacidades singulares, que son usadas, sustituidas y desechadas. El esclavo es, en efecto, un instrumento vivo y animado, y, además, *fungible*, a pesar de ser humano. Ahora, que el esclavo sea un útil sensible y artificial significa que su valor reside en su uso por otros, y no en la producción y la ejecución de sus propias facultades en obras ciertas y datables. Con toda razón, Giorgio Agamben y Hannah Arendt nos advierten que el esclavo representa, filosóficamente, la figura del actuar humano que todavía nos queda pendiente por analizar.

Palabras clave: daño; pobreza; potencia; precariedad; violencia; vulnerabilidad.

Información sobre la autora: doctora en Derecho y en Filosofía. Profesora de Filosofía del Derecho e investigadora de la Escuela de Derecho y Ciencias Políticas de la Universidad Pontificia Bolivariana (UPB, Medellín, Colombia). Directora del Grupo de investigación sobre Estudios Críticos adscrito a la misma Universidad.

Sobre el artículo: Este artículo es derivado del proyecto de investigación “ESCRIT”, Estudio y Crítica de la Italian Theory. PID2021-123958NB-100.

Forma de referenciar (APA): Ruiz Gutiérrez, A. (2025). “Vida fungible”: de la impotencia a la aparición de la figura reprimida del esclavo (Paolo Virno, Judith Butler, Giorgio Agamben). *Revista Filosofía UIS*, 24(2), 123-140. <https://doi.org/10.18273/revfil.v24n2-2025006>

Abstract: impotence impedes the passage from biological life (*zoé*) to biographical life (*bíos*). Concretely, the exacerbation of the conditions of vulnerability transforms potency into impotence and, also, the being into something other than its own humanity. Hence the current reappearance of the repressed figure of the slave that characterizes, today, the life of large precarious populations, deprived of the realization of their own singular capacities, which are used, substituted and discarded. The slave is, in fact, a living and animated instrument, and, moreover, *fungible*, despite being human. Now, that the slave is a sensitive and artificial useful means that his value resides in his use by others, and not in the production and execution of his own faculties in certain and datable works. With good reason, Giorgio Agamben and Hannah Arendt warn us that the slave represents, philosophically, the figure of human action that we have yet to analyze.

Keywords: damage; poverty; power; precariousness; violence; vulnerability.

Resumo: A impotência impede a passagem da vida biológica (*zoé*) para a vida biográfica (*bíos*). Especificamente, a exacerbação das condições de vulnerabilidade transforma o poder em impotência e, também, o ser em algo diferente da própria humanidade. Daí o atual reaparecimento da figura reprimida do escravo que caracteriza, hoje, a vida de grandes populações precárias, privadas da realização das suas capacidades próprias, que são utilizadas, substituídas e descartadas. O escravo é, com efeito, um instrumento vivo e animado e, além disso, fungível, apesar de ser humano. Ora, o facto de o escravo ser uma ferramenta sensata e artificial significa que o seu valor reside na sua utilização por outros, e não na produção e execução das suas próprias faculdades em obras certas e datáveis. Com razão, Giorgio Agamben e Hannah Arendt alertam-nos que o escravo representa, filosoficamente, a figura da ação humana que ainda temos que analisar.

Palavras-chave: dano; pobreza; poder; precariedade; violência; vulnerabilidade.

1. Introducción

La vulnerabilidad transforma el carácter potencial de la vida en mera impotencia. Esto significa que las facultades reclaman ciertas condiciones sostenedoras capaces de poner en juego el vivir mismo, la propia existencia; el tránsito de la capacidad al acto. Según Paolo Virno, hoy, la potencia está desnuda como la existencia misma, confinada, la mayor de las veces, a la satisfacción de las meras necesidades físicas. Actualmente, y con mayor razón, las situaciones límite de precariedad amenazan con generalizar, todavía más, y con moratoria permanente, la parálisis indefinida de la existencia verdaderamente humana, biográfica. En concreto, las fallas infraestructurales se convierten, paso a paso, en la condición endémica de numerosos hombres y mujeres precarios y, en consecuencia, impotentes.

En otras palabras, la precariedad conduce, hoy, a la impotencia de las formas de vida, porque el paso de la potencia al acto se encuentra bloqueado, indefinidamente, debido a numerosos déficits de las estructuras sociales. Sin

embargo, ciertas poblaciones están más expuestas a la pobreza, la guerra, la muerte violenta y las demás formas de desposesión forzada. Y la insatisfacción permanente de sus necesidades morales y materiales exagera su precariedad y, también, la impotencia a lo largo de sus vidas (incluso de generaciones no nacidas, todavía). Desde el nacimiento hasta la muerte, amplios grupos vulnerables son despojados de la “vida de la potencia”, del juego del vivir mismo, mediante la puesta en obra de sus propias capacidades singulares (Agamben, 2017; Butler, 2018).

Porque el no-tránsito de una capacidad poseída a un acto fechable, suspende, sin más, la promesa de invención, de crecimiento, de variación de sí. En concreto, la vida biográfica de un hombre ocurre cuando llega a ser lo que tiene en potencia (poder-hablar; poder-cantar; poder-tocar; poder escribir), mientras tanto el aplazamiento incierto de sus facultades deriva en mera impotencia (Virno, 2001). De esta manera, la impotencia impide el paso de la vida biológica (zoé) a la vida biográfica (bíos), ya que reduce la existencia a una vida sin obra. Hasta aquí el cruce entre Virno, Butler y Agamben. No obstante, la impotencia generalizada hace posible la reaparición de la figura reprimida del esclavo que caracteriza, como ninguna otra, la vida de cientos de hombres y de mujeres privados de la realización de sus propias capacidades (impotentes). En otros términos, el aumento de las condiciones de precariedad transforma la potencia en impotencia y, también, al ser en algo distinto a su propia humanidad.

Con razón, y con extraordinaria lucidez respecto a esta época de hipnosis entre la potencia y la impotencia, dice Agamben, que el esclavo representa, hoy, la “figura del actuar humano que todavía nos queda pendiente analizar” (Agamben, 2017, p. 59). *¿Qué es acaso el esclavo sino un instrumento vivo y animado, ventajoso como cosa e impotente como hombre, a favor de propósitos ajenos?* Debido a su condición humana, el esclavo es titular de infinitas potencias, aunque irrealizables debido a su reducción a mero útil sensible y artificial para el uso de otros. Tiene la fortuna de su potencia, sí, pero impracticable. Su valor reside, únicamente, en el uso de su cuerpo por parte de otros, y, en ningún caso, en la producción y la transformación de sus propias facultades en obras ciertas y fechables.

Esto que ocurre cuando, al estar desmembrado el derecho de dominio (poder de uso [*usus*], de disfrute [*fructus*] y de consumo [*abusus*]), el propietario de una facultad se halla privado de la usanza de aquello que le pertenece. En tales casos, se habla, en el derecho civil, de mera o nuda propiedad. Porque el titular, aunque acreedor de las facultades inherentes al dominio, en ningún caso se beneficia de los servicios que es capaz de aportar su propiedad. Del mismo modo, se posee una mera vida cuando la misma está separada de la realización de su potencia mediante actos singulares y fechables. Por esta razón, la vida biológica está expuesta a que cualquiera la use según sus propios fines económicos, políticos y militares

(concretamente, porque ha perdido su condición de humanidad, transformándose en un mero instrumento vivo y animado).

La cuestión actual ya no reside en morir violentamente a manos de otros, sino, más bien, en ser usado por un cualquiera, que se atribuye las facultades de usar, de gozar y de desechar físicamente a los demás (Mbembe, 2011). De ahí la importancia del “paradigma de la instrumentalidad” (Agamben, 2017) para entender las formas de vida contemporáneas (basta observar, a manera de ejemplo, la violencia armada colombiana, cuyas máquinas de guerra capturan, explotan y destruyen miles de vidas precarias transformadas en esclavos que matan y mueren a favor de sus amos) (Ruiz, 2023, 2024). Dichas formas se caracterizan por la generalización de la impotencia debido al aumento de las condiciones de precariedad (que golpean con mayor dureza a ciertas poblaciones), reanimando, por doquier, la vieja figura del esclavo, cuya única obra consiste en ser un instrumento de uso para otro, a pesar de ser humano.

En efecto, hay cientos de hombres y de mujeres, hoy, cuyo último fin es el uso para otros (Agamben, 2017; Saidel, 2016). Basta advertir, en nuestros días, la existencia de miles de vidas esclavas condenadas a desaparecer, sin dejar una marca de su paso por el mundo, debido a su condición esclava. Un niño o una niña colombianos, por ejemplo, pueden ser reclutados y vestidos de verde y de metralla militar para matar y ser muertos en la guerra, porque han sido, previamente, transformados en meros instrumentos de la gran maquinaria de guerra (en Colombia, según la Jurisdicción Especial para la Paz (JEP), al menos, 18.677 menores (registrados) fueron reclutados como niños-soldados por las Farc-EP) (Ruiz & Giraldo, 2024). Del mismo modo, cientos de migrantes irregulares (sin desconocer un enfoque diferencial), quienes están expuestos a numerosas formas de explotación debido a la ausencia de redes de apoyo, de empleo formal, de estatus legal o de protección social, trabajan en sectores que están *out of sight*, o en ámbitos desprovistos de leyes laborales.

He aquí el interés de este artículo que pretende desarrollar la noción de “vida fungible” (todavía inexistente en la literatura académica, por lo menos bajo el sentido ofrecido en este trabajo, pero constatable empíricamente)¹, a partir de sus *causas* (precariedad moral y material), sus *atributos* (impotencia) y sus *efectos* (uso para otros), para comprender, desde el “paradigma de la instrumentalidad” (Agamben, 2017), la aparición reprimida del esclavo, quien transfigurado en un mero instrumento vivo y animado, que no deja ningún vestigio de su aparición en el

¹ En su libro *Fungible Life: Experiment in the Asian City of Life*, Aihwa Ong utiliza la noción “vida fungible” para explicar, en el contexto de la biociencia moderna, especialmente asiática, donde los avances científicos han permitido la creación de grandes bases de datos genéticos, como la vida es tratada como un recurso material controlable, intercambiable, manipulable y desechable.

mundo, representa una vida fungible (usable, sustituible y consumible). Para el desarrollo de este propósito teórico y conceptual, nos serviremos, principalmente, de las reflexiones de Virno (potencia e impotencia), Agamben (instrumentalidad), Judith Butler (precariedad) y Hannah Arendt (figura esclava, sin rastro en el mundo), además de algunos ejemplos en la guerra y la migración forzadas.

Claramente, la vulnerabilidad constituye una causa del alistamiento forzoso (violencia y pobreza, principalmente) que, la mayor parte de las veces, se exagera durante la misma guerra y el tránsito a la vida civil, exponiendo a la población a innumerables daños. Y entre las afectaciones más evidentes se encuentran, a manera de ilustración, las derivadas de la progresiva transformación de los cientos de jóvenes en esclavos, quienes son “usados” como mano de obra y objeto de guerra. De ahí su condición de usufructuables, de intercambiables y de consumibles por otros, que pueden explotarlos y desecharlos con absoluta rapidez y eficacia, ya que han sido convertidos en un mero instrumento militar que mata y muere.

2. La precariedad como una causa de la vida fungible

El exacerbamiento de las condiciones de precariedad transforma el carácter potencial de la vida en algo fungible (del latín *fungi*, que significa gastar o usar; y el sufijo *ble*, que alude a consumir), a pesar de ser humana. Ciertamente, esta cuestión es compleja, puesto que la existencia es potencia (en griego *δύναμις*, *dýnamis*, capacidad o poder) y, al mismo tiempo, es precaria (Virno, 2001; Butler, 2006). Ahora, ¿qué implica esta paradójica relación? Según Agamben, la vida humana envuelve un “conjunto de modos, actos y procesos singulares que ponen siempre en juego el vivir mismo”; la felicidad (2001, p. 13). Claramente, cada momento contiene el carácter potencial de la existencia, la oportunidad de la propia vida, inaprensible únicamente en este o aquel acto, ya que implica siempre una posibilidad inacabada y una pura potencia. La potencialidad de la vida excede, así, la unidad, la identidad, la coincidencia definitiva, todavía más, el tiempo cronológico, en tanto implica siempre algo distinto a un conjunto de prescripciones biológicas específicas o impuestas por la necesidad económica, social o jurídica (Agamben, 2001, p. 18).

Sin embargo, la potencia puede transformarse en impotencia (*adynamia*) debido a la precariedad (desposesión de la vida en todas sus manifestaciones, especialmente derivadas de la pobreza y de la violencia), limitando, continuamente, el vivir mismo que no se hace obra. El aumento de las condiciones de precariedad disminuye las posibilidades de la existencia misma, la “vida de la potencia” (formas propias de vivir, maneras de hacer o no hacer, procesos singulares de existir, de amar y de gozar que no representan solo hechos, sino infinitas posibilidades de ser en obra), transformando las variadas maneras de existir en meras formas de

supervivencia orgánica y social. En otros términos, el vivir mismo siempre esté en juego, ya que la precariedad impone severas limitaciones a las posibilidades de metamorfosis, de creación, de novedad incalculadas (que exceden a la mera repetición de la necesidad, el hábito y la obligación), que definen la vida biográfica.

Según Agamben, Platón había enseñado que “la obra de cada ser es algo que solamente él puede hacer o hace de un modo más bello que los demás” (2017, p. 29). Sin embargo, y por distintas razones, la potencia (*dýnamis*, pura posibilidad de hacer algo) no realiza, necesariamente, un acto concreto, singular (en griego, *ἐνέργεια*, *energheia*, literalmente “ser en obra”). Cuando no se la pone en práctica, la *dýnamis*, proliferante en sus múltiples formas y tiempos de aparición, se convierte en impotencia, infelicidad (*adynamia*, debilidad de las fuerzas). En palabras de Virno, “quien dotado de una vigorosa *dýnamis*, no está en condiciones de acceder al acto que de ella depende, es un impotente” (2001, p. 13)². En efecto, más allá de la privación de la propia posibilidad derivada de la ausencia de una facultad, los obstáculos infraestructurales para materializar la potencia en actos y obras constituye la más patente y radical forma de *adynamia*. De este modo, la capacidad siempre enfrenta el desafío de su propia realización o su parálisis, incluso definitiva.

La impotencia es, así, el resultado de la “dilación sin fin, aplazamiento reiterado de la puesta en práctica, fervoroso pedaleo en el aire, motor en punto muerto, sinnúmero de comienzos sin continuidad ni resultados” (Virno, 2001, p. 20) de aquella capacidad que se posee, pero que no se consume debido, entre otros factores, a las precarias condiciones morales, socio-económicas y jurídicas. Por lo tanto, la prórroga incierta en la realización de la *dýnamis* constituye la “fortuna incobrable” de una infinidad de acreedores de múltiples facultades a quienes solo cabe imaginar un mundo posible, aunque irrealizable para ellos mismos. Actualmente, el retraso indefinido para transformar la potencia en acto (impotencia) es tan extendida como inquietante para todos debido, por ejemplo, a la precarización del mercado laboral o el aumento del trabajo fabril (horas, funciones, resultados).

En este caso, Virno se refiere al trabajo precario contemporáneo como una de las razones de la impotencia (capacidad aún irrealizada en gestos, palabras y actos fechables), con todo y el exceso de competencias derivadas de la formación

² Esto significa que, a pesar de que no se la ponga en práctica, en tanto cada uno siempre la posee, le pertenece, la *dýnamis* continúa existiendo, aunque bajo “la máscara sardónica o el seudónimo hipócrita de la impotencia” (Virno, 2001, p. 12). Resulta claro que la tenencia palpitante, aunque inactual y aplazada, de la propia capacidad, siempre permanece en el animal humano, a pesar de su ausencia o ejecución fallida en sólidos gestos y obras y palabras fechables. Sin embargo, la obstinada distancia entre potencia y acto, algunas veces indefinida a lo largo de una vida debido a sus condiciones de precariedad, conduce a la *adynamia* (traducción fallida de las facultades en obras y acciones patentes).

continua, interminable y generalizable entre los profesionales (Castel, 1995; Bauman, 2011, Almeyda Sarmiento & Pereira de Souza, 2023). Más y más, las facultades acumuladas se apartan de su portador, quien “vende potencias que valen algo y que pueden volverse objeto de negociación, a condición de que permanezcan separadas del uso, es decir, de la puesta en práctica” (Virno, 2001, p. 61). Llegar a ser lo que se posee en potencia es, hoy, tan precario como improbable para muchos. La potencia exige, pues, su definición, su limitación y su ejecución en una actuación capaz de evitar el letargo de la propia vida. Al contrario, la suspensión duradera del ejercicio de la *dýnamis* condena a su portador a una impotencia permanente (*adynamia*).

De lo dicho hasta aquí queda claro que el incremento de la situación de precariedad es directamente proporcional a la impotencia (*adynamia*), por ausencia o por exceso de capacidades aplazadas indefinidamente de su propia realización. Ahora, la precariedad no solo remite a la vida en cuanto tal, que desde el principio hasta su consumación exige de lazos sostenedores de apoyo para ser, persistir y prosperar, sino a las circunstancias mismas de su existencia (cobijo, trabajo, alimentación, respeto, atención y cuidado médico, protección jurídica), sin las cuales resulta impracticable la vida de la potencia (nadie vive ni se realiza en abstracto, pues requiere circunstancias concretas de realización). En palabras de Butler, “afirmar que la vida es precaria equivale a afirmar que la posibilidad de ser sostenidos se apoya, fundamentalmente, en unas condiciones sociales y políticas, y no sólo en un postulado impulso interno a vivir” (Butler, 2010, p. 40).

Además de la precarización laboral contemporánea, la violencia y la pobreza también constituyen claros obstáculos de una potencia que no llega a ser, a lo mejor jamás, un gesto, una palabra y una obra fechable. Porque la misma echa a perder hasta la más exuberante de las capacidades. ¿De qué sirve acaso poseer una fortuna de gran valor si de ningún modo puede cobrarse por su acreedor, siempre deseoso y agobiado por la necesidad de sobrevivir físicamente? ¿Si su titular apenas alcanza a luchar, día tras día, por saldar las obligaciones de la vida cotidiana? A lo mejor, el acreedor enterrará su “tesoro incobrable” para siempre, incluso para él mismo, hasta olvidarlo, debido al agotamiento del hambre, el desempleo, el éxodo, la muerte violenta, la desampliación jurídica, y todas las demás formas límites de desposesión de la potencia, de la vida misma.

Al respecto, John Steinbeck, en “La perla”, clarifica como ningún otro la impotencia derivada de la violencia y la pobreza: “Una gran fortuna, una gran perla, perfecta como la luna”, cuya superficie contiene “ricas imágenes de ensueño”, aunque todas irrealizables debido a las condiciones de opresión y de injusticia (Steinbeck, 2017, p. 48). Kino, el protagonista del pueblo miserable de pesqueros, y dueño de la “perla más grande del mundo”, conoce, tan bien como ningún otro

hombre, el gran valor de su venta: “—Mi hijo leerá y abrirá los libros, y escribirá y escribirá bien. Y mi hijo hará números, y eso nos hará libres porque él sabrá y por él sabremos nosotros” (Steinbeck, 2017, p. 48). Y, entonces: “Kino se vio a sí mismo, y vio a Juana, en cuclillas, junto al fuego de la cabaña mientras Coyotito leía un gran libro”. Sin embargo, hay algo más, intuye el narrador: “Kino tenía el miedo que tiene un hombre cuando dice «haré» sin saber qué sucederá” (Steinbeck, 2017, p. 48).

Indudablemente, la declaración de «hacer» de una potencia una obra fechora es necesaria, aunque, en ocasiones, resulta insuficiente, porque su ejecución depende de ciertas situaciones de realidad, sin las cuales hay apenas “ricas imágenes de ensueño”³. La realización de una capacidad tiene forma precisa y no soñada. Luego la satisfacción de las necesidades que atañen, no sólo a la vida física (alojamiento, vestido, alimento, cuidado en la enfermedad), sino también a la existencia moral, constituye la condición fundamental del paso de una posibilidad a una actuación cierta y datable; lo contrario convierte a una facultad en mera impotencia, nada más. Sin lugar a dudas, “somos impotentes cuando sopesamos con cuidado y, por así decirlo, saboreamos la potencia que nos pertenece, pero sin lograr transformarla en actos” (Virno, 2001, p. 22). En suma, la *dýnamis* no puede entenderse haciendo abstracción de las circunstancias afectivas, económicas, sociales y jurídico-políticas, ni, con mayor razón, la *adynamia*.

Con todo, decir “vida impotente” es un oxímoron, porque la existencia es *kínēsis* (del griego *κίνησις*, que significa movimiento o cambio). Aristóteles define la *kínēsis* o movimiento como la actualización de la potencia; la puesta en obra de aquello que se posee hasta lograr su plena realización, su perfección (Ruiz, 2022). La transformación de la potencia en acto pone la vida en movimiento, a diferencia de la impotencia que la reduce a la muerte por entumecimiento. En efecto, la inmovilidad (atrofia indefinida de la *energheia*) estanca y retrae la invención, el crecimiento, la metamorfosis de la existencia, reduciéndola a mera biología.

3. La impotencia como atributo de la vida fungible

Actualmente, las obligaciones políticas y las decisiones éticas residen en examinar las circunstancias sostenedoras que hacen posible la parálisis o la conversión de variadas potencias en acto; su uso (*hèxis*). Que las condiciones infraestructurales sean mantenedoras o no de la vida significa que “existen no sólo como entidades estáticas, sino también como instituciones y relaciones sociales reproducibles” (Butler, 2010, p. 43). En verdad, la puesta en práctica de las

³ Ahora, “cuando un hombre dice «haré»” requiere de ciertas condiciones infraestructurales que, análogas al alimento, “si no se satisfacen cae poco a poco en un estado más o menos análogo a la muerte, más o menos próximo a una vida meramente vegetativa” (Weil, 1996, p. 26). Tiene una potencia, sí, pero suspendida a lo largo de su vida.

capacidades exige la dependencia social del cuidado y la promoción de las mismas, sin las cuales siempre adviene el riesgo de la impotencia. Sin atención, sin procura, sin conservación, ninguna vida puede sobrevivir ni biológica ni biográficamente debido a la inmutabilidad de la potencia en gestos y actos fechables. Las facultades se juegan sin evidentes marcos de realidad.

Sin embargo, hoy se asiste al retorno de la inseguridad social (precariedad de las masas), “en las que los afectados resisten más o menos durante un cierto tiempo, pero que pueden terminar desestabilizándose y cayendo” (Lorey, 2012, p. 34). La extrema precariedad es, así, directamente proporcional a la endémica impotencia, que golpea con mayor fuerza a ciertas poblaciones más expuestas a la pobreza, la violencia y la muerte. Desde el principio, tales grupos son desposeídos de la vida de la potencia, del vivir mismo mediante la puesta en obra de las capacidades singulares. En este caso, la privación radical de los recursos morales y materiales impide aminorar la precariedad a lo largo de ciertas vidas, incluso no nacidas todavía, que heredan idénticas o, incluso, peores condiciones infraestructurales. Nadie sobrevive en abstracto, ni se hace humano en la mera idea. “Tener” una potencia no significa “ser”, ya que lo definitivo es cómo se realiza o posterga aquella capacidad que define la vida singular.

Entre el portador y el objeto poseído no existe necesariamente una relación inmediata y actual, ya que aquél apenas puede advertirlo durante su vida, sin usufructuarlo jamás. ¿De qué sirve acaso para el titular tener una potencia si la distancia respecto a su uso resulta insalvable? El uso (*hêxis*) recorta, en efecto, el espacio entre el titular y la cosa, actualizando la tenencia misma; transformado las facultades y las capacidades en sólidos gestos y obras fechables.

En palabras de Virno, la *hêxis* constituye, aquí, “el eslabón intermedio o puente de barcos entre el animal humano y sus prerrogativas, hace de esa distancia un lugar habitual y de la estancia en ella, un hábito” (Virno, 2001, p. 56). Mientras *hêxis* significa hábito de la potencia que se tiene, *adynamia* implica la exclusión del usufructo de una facultad disponible, pero siempre externa a su titular. Impotente es, pues, el acreedor de una fortuna poseída, aunque incobrable debido a las deficientes condiciones. Claramente, la precariedad representa uno de los motivos fundamentales que hacen de la posesión concreta y duradera de una facultad una mera impotencia. En este sentido, Virno pregunta: “¿por qué tener la potencia –el hecho mismo de tenerla, no su pérdida imaginaria– sería raíz y morada de la impotencia?” (2001, p. 55). En el modo de poseer cierto bien material o determinada potencia o facultad (*dynamis echein* o *hêxis*, que literalmente traduce «acción de poseer», y que no es otra que el uso) se juega el vivir mismo, su desarrollo o su aplazamiento, algunas veces, para siempre.

Recapitado: generalmente, entre el poseedor y la capacidad, no existe una relación inmediata ni segura. Sólo el uso atestigua la relación efectiva entre la tenencia de una potencia y su titular, y la inacción, su impotencia. En palabras de Virno, “el hábito es el eslabón intermedio por excelencia, el *metaxù* que nos vincula con nuestras facultades, atestiguando, sin embargo, al mismo tiempo, el hiato que nos separa de ellas” (2001, p. 55). La *héxis* envuelve, así, una doble valencia: la capacidad convertida en obra fechable o en mera impotencia. Ahora, la extrema vulnerabilidad desposee al acreedor de una facultad de su real titularidad, puesto que extiende más y más la distancia con su uso. “Uso es el nombre más apropiado para una *héxis* que toma el aspecto de la *praxis*” (Virno, 2001, p. 55). En otros términos, la acción de poseer una facultad es idéntica al hábito de ponerla en práctica.

Y a pesar de los esfuerzos de muchos por crear situaciones de posibilidad y de realidad, más allá de la mera fantasía de un presente distinto a la pobreza, la violencia y la muerte, la potencia deviene en impotencia, y la vida en infelicidad (Brown, 2019). No es de otro modo, porque “la felicidad consiste en un cierto uso y en la *enérgeia* [...] es un ser-en-obra” (Agamben, 2017, pp. 31-32). Sin embargo, desde el nacimiento hasta la muerte, existen amplias poblaciones precarias enajenadas de toda posibilidad de ser-en-obra, como biografía.

En este caso, las condiciones de vulnerabilidad moral y material amplían la distancia entre la potencia poseída y su puesta en acto hasta hacerla indiscernible para el portador. La impotencia se estira, así, a la largo de la existencia de un hombre que ni siquiera alcanza a ensayar, por una vez, su capacidad o facultad para individualizar su paso por el mundo debido a la precariedad. El bloqueo permanente de la vida que no llega a ser, debido a su impotencia, produce y reproduce la simple vida natural, pues la priva de toda metamorfosis en gestos, palabras y obras fechables. Porque, en definitiva, la vida humana, a diferencia de la mera existencia, es aquella que tiene el dominio pleno o absoluto para transformar una potencia en acto datable. Esto significa que, en el vivir mismo, se juega siempre la posibilidad de usar aquello que verdaderamente se posee. Y “cuando la cosa poseída es una potencia, el uso consiste en su puesta en práctica” (Virno, 2001, p. 60).

A diferencia de la vida biológica que transcurre bajo el imperio de los hechos causales (invariablemente idénticos y regulares, propios de la existencia física, y extraños a la biográfica), la vida humana acaece en virtud de lo inesperado de cada potencia convertida en obra. “Que el hombre sea capaz de acción significa que cabe esperarse de él lo inesperado, que es capaz de realizar lo que es infinitamente improbable. Y una vez más esto es posible debido sólo a que cada hombre es único” (Arendt, 2005, p. 206; Bárcena, 2006; Barrio, 2011). De ahí las innumerables grietas

de novedad y de espontaneidad que caracterizan la unicidad, la singularidad y la propiedad de cada biografía.

Con todo, la acción de poseer una potencia no asegura su transformación en un acto singular. Esto ocurre cuanto el titular de una facultad conserva, únicamente, la nuda propiedad, puesto que, si bien la capacidad le pertenece, no puede hacer uso de ella. El uso de la cosa (*jus utendi*), extensible a la potencia o la facultad que se posee, que constituye uno de los tres atributos del dominio, además del goce (*jus fruendi*) y del abuso (*jus abutendi*), se ejercita por actos “que, dejando a la cosa su existencia y su manera de ser actual, pueden ser repetidos general y sucesivamente, aunque sea a grandes intervalos, por el propietario” (Claro, 2013, p. 307). En consecuencia, la propiedad puede ser nuda o plena: cuando el uso, el goce y el abuso están reunidos conforman un derecho único; la propiedad perfecta y absoluta y completa. De este modo, el titular del derecho de dominio obtiene todas las ventajas de su posesión. En cambio, la propiedad no es plena cuando el propietario se halla privado del uso o del goce de la cosa o de la potencia poseída.

En palabras de Virno, “somos impotentes cuando sopesamos con cuidado y, por así decirlo saboreamos la potencia que nos pertenece, pero sin lograr transformarla en actos” (2001, pp. 21-22). Actualmente, el acreedor exhibe públicamente el “mero título de propiedad de una potencia” (Virno, 2001, p. 58), sin lograr conocerlo siquiera, pues no llega a ser jamás verdaderamente suya producto de la enorme distancia entre la capacidad poseída y su uso. Porque, solo el hábito constituye el punto de intersección entre la facultad que se tiene y el acto fechable derivado de su puesta en práctica. En suma, la potencia, sin el uso, es impotencia, es apenas una nuda o mera propiedad. El nudo propietario es, así, el portador de un simple tener esta o aquella potencia o facultad, aunque de continuo inhabitable para él, que siempre mora en la impotencia.

Así las cosas, la precariedad impone serias limitaciones al uso de la potencia, siempre postergada de su puesta en obra. El carácter potencial de la vida se contrae ante las fallas infraestructurales que bloquean toda posibilidad de metamorfosis biográfica. Solo queda el aplazamiento de los ensueños de un hombre que dice “iré” y “haré”, mientras intenta alcanzar un mundo nuevo, aunque inútilmente (Bauman, 2004). Es impotente, entonces, el nudo propietario de un gran tesoro que permanece infructuoso durante generaciones que no dejan marca en el mundo. Kino, el protagonista de *La perla*, representa el mejor ejemplo de aquel portador de una inmensa fortuna (la perla más grande del mundo), no obstante devuelta al fondo del mar debido a las fatales consecuencias de sus ilusiones de futuro: “En la perla estaba Coyotito [su pequeño hijo], sentando ante un pupitre en una escuela. Y Coyotito llevaba chaqueta, y tenía puesto un cuello blanco y una ancha corbata de seda. Además, Coyotito escribía en un gran trozo de papel” (Steinbeck, 2017, pp.

89-90). —“Esto es lo que hará la perla”, dijo Kino (Steinbeck, 2017, p. 48). Kino siente, como ninguno otro, la transfiguración de un hombre que dice “haré”, sin saber qué sucederá.

Incluso, los mismos vecinos dirían: “Sí, Dios castigó a Kino porque se rebeló contra el orden de las cosas” (Steinbeck, 2017, p. 49). —“¿Qué podía hacer?”, dijo Kino a su hermano, Juan. Y éste le respondió: —“Es difícil saber. Sabemos que se nos engaña desde nuestro nacimiento hasta en el precio de los ataúdes. Pero sobrevivimos. Tú has desafiado, no a los compradores de perlas, sino a la estructura entera, al modo de vida entero” (Steinbeck, 2017 pp. 89-90). Por último, Kino gritó: —“¿Qué puedo hacer? Mi hijo tiene que tener una oportunidad. Eso es lo que está amenazado” (Steinbeck, 2017 p. 90). Claramente, el uso efectivo de una potencia suspende el estado de aplazamiento indefinido de la vida, del vivir mismo.

En síntesis, la puesta en acto de la potencia de creación y de resistencia engendra un modo de vida distinto a la mera vida física. Sin embargo, hay situaciones que no dependen de una facultad ni de su titular, sino de fallas infraestructurales que golpean con dureza a determinadas poblaciones condenadas a la precariedad, a la inhibición forzosa y duradera del uso efectivo de la potencia de invención y de variación de sí. En este caso, la impotencia no deja de atrapar, de repente y para siempre, a cientos de nudos propietarios de numerosas potencias, que no llegarán a ser jamás lo que poseen. Porque, así como el tener una facultad persiste en la vida de un hombre, a pesar de la privación de su puesta en obras y actos fechables, así también perdura la impotencia a lo largo de toda una vida.

4. El uso como efecto de la vida fungible

El peligro, hoy, ya no reside en perder la vida, sino en ser usado por otros. La razón resulta obvia, puesto que los titulares de múltiples facultades y capacidades son apenas nudos propietarios de aquello que les pertenece debido a la suspensión de su puesta en práctica; su uso (*héxis*). Bajo estos términos, ¿qué es el uso sino la unión con aquello que nos pertenece? Porque somos (a diferencia de lo que tenemos, meramente) nuestra propia *dýnamis* convertida en actos, gestos o palabras fechables. Tener una facultad no implica, en consecuencia, ser idénticos a la misma. De ahí que la impotencia (*adynamia*) no sea más que la “reducción” o, incluso, la “exclusión” del uso de aquello que se posee, paralizando, indefinidamente, la transformación de la propia vida (Virno, 2001, p. 55). El no-uso de la propia potencia excluye, así, la vida biográfica (invención, variación, crecimiento sobre sí mismo), reduciéndola a una mera sobrevivencia biológica; una vida sin obra, sin “el relámpago de la sorpresa, la gracia del comienzo” (Kristeva, 2013, p. 52).

Actualmente, amplias poblaciones precarias nacen y desaparecen sin dejar rastro en el mundo, pues su potencia jamás pasa al acontecimiento, siempre inscrito en la novedad de los acontecimientos (vida biográfica). Al respecto, la figura esclava constituye el mejor ejemplo de una existencia privada de biografía (una vida específicamente humana, *bíos*), en tanto simple existencia biológica (*zoé*), confinada al ámbito de las meras necesidades físicas, y, por lo tanto, de su desaparición definitiva. Por esto último, Arendt señala que “la maldición de la esclavitud no sólo consistía en la falta de libertad y visibilidad, sino también en el temor de los propios esclavos «de que, por ser oscuros, pasarían sin dejar huella de su existencia»” (Arendt, 2005, p. 75). El esclavo, impotente, en tanto privado de la puesta en práctica de sus propias facultades, no deja obra.

Porque la privación del uso de aquello que posee (poder-hablar; poder-cantar; poder-tocar), bloquea el pasaje de la vida natural a la biográfica, de la potencia al acto, dotado de fecha y de lugar, que “instituye un aquí y un ahora” entre los demás (Virno, 2001, p. 60). El esclavo no es un ser-en-obra, sino un ser-en-uso para otros, y, rara vez o ninguna, para sí mismo. A pesar de ser humano (*ánthropos*), el esclavo es un “autómata vivo”, un “útil o instrumento práctico y animado”, una “máquina especial”, que no se designa a la producción sino al uso de la economía de las drogas, la explotación sexual, el servicio doméstico informal, la guerra, el trabajo forzado (Agamben, 2017, p. 29). He aquí la cuestión que exige ser pensada en la actualidad: la reaparición de la figura reprimida del esclavo bajo la silueta de miles de seres impotentes, nudos propietarios de su propia vida, cuyos cuerpos son explotados, arrendados o vendidos.

Por esta razón, dice Agamben, el esclavo representa la “figura del actuar humano que todavía nos queda pendiente analizar” (Agamben, 2017, p. 59). No hay duda de que la precariedad transforma la potencia en impotencia, el acto en quimera, la felicidad en desdicha, reduciendo lo humano a un mero instrumento de uso, cuya vida “representa una vida no propiamente humana” (Agamben, 2017, p. 56). Ahora, que el esclavo sea un útil artificial y, al mismo tiempo, un ser humano significa, pues, que su cuerpo es sustituible y consumible según las necesidades prácticas de su amo. De este modo, la fungibilidad caracteriza, además de la precariedad infraestructural, la vida impotente del esclavo: una existencia siempre expuesta al mero uso por parte de otros, que pueden emplearla, con cualquier fin, contrariando, así, su propia humanidad, pues ha sido convertida en un mero instrumento vivo y sensible.

¿Qué implica acaso la facultad de uso si no “el aprovechamiento del objeto de dominio”, o, en términos más precisos, del esclavo? (Alessandri et al., 2001, p. 51). Porque el mismo es “el hombre cuya obra es el uso del cuerpo” (Agamben, 2017, p. 38), que sirve a los propósitos de otros, y nada más. La actualidad de esta

figura resulta incuestionable para nosotros. Basta examinar numerosas situaciones límite de desposesión para advertir que ya no se trata de hacer morir o de hacer vivir, sino de usar para dejar sobrevivir a cientos de hombres y de mujeres, que, a pesar de ser humanos, son convertidos, ahora, en simples útiles de uso a favor de otros fines distintos a los propios.

El paradigma de la instrumentalidad se nos presenta, aquí, como una posibilidad para entender la reaparición del esclavo (instrumento práctico y cuerpo viviente), que no se pertenece a sí mismo (separado, indefinidamente, de sus facultades), sino a un cualquiera. En efecto, el útil viviente y animado, cuyo modelo originario es el esclavo, permite juzgar, con gran rendimiento ético y filosófico, la precariedad de muchos para acceder a la condición verdaderamente humana. En concreto, y a manera de ejemplo del “uso” como arquetipo de nuestra época, la migración irregular constituye la mejor muestra de la transformación progresiva de los migrantes en esclavos, quienes son utilizados, principalmente, como mano de obra y objeto sexual forzados. Cientos de migrantes africanos “están siendo vendidos como si fueran mercancía” en el “mercado de esclavos” en Libia. Según la OIM “los jóvenes son vendidos y comprados para trabajar, como cebo para exigir un rescate a sus familias y también, en el caso de las mujeres, como esclavas sexuales” (Redacción BBC, 2017). Del mismo modo, miles de indios configuran “los nuevos esclavos del campo italiano” (Tinazzi, 2022). A pocos kilómetros de la capital de Italia, Roma, “se practica el caporalato (reclutamiento ilegal de mano de obra a través de intermediarios, los *caporali*)”, que genera más de 20 mil millones de euros al año gracias al “pequeño ejército silencioso de peones” indios que cultivan la tierra (Tinazzi, 2022).

Análogamente, algunas mujeres y niños migrantes irregulares en condición de vulnerabilidad son objeto de trata de personas (cuyo fin es la explotación sexual, los trabajos o servicios forzados, la esclavitud o las prácticas análogas a la misma, la servidumbre, la mendicidad) y de tráfico ilícito (cuyo propósito reside en el ingreso ilegal de una persona a un Estado a cambio de un beneficio económico). Después de la covid-19, los nepalíes, por ejemplo, intentan salir del país en busca de trabajo debido a un aumento de sus condiciones de vulnerabilidad (el Banco Mundial estimó que el 31,2% de la población del país se hundiría en la extrema pobreza, durante 2020), encontrándose con “agencias de contratación sin escrúpulos y los tiburones de la trata”, trabajos irregulares y en sectores invisibles, exponiéndoles a la esclavitud y la explotación sexual (Galloway, 2022). Al respecto, el informe “*Migrants and their Vulnerability to Human Trafficking, Modern Slavery and Forced Labour*” elaborado por la iniciativa Walk Free (Camina libremente, 2019) de la Fundación Mindereroo y la Organización Internacional para las Migraciones (OIM), citado por El País (Galloway, 2022), advierte, precisamente, la conexión entre la vulnerabilidad de los migrantes y la esclavitud moderna, puesto que los mismos están expuestos a

numerosos riesgos y daños debido a la ausencia de redes de apoyo, de empleo formal, de estatus legal o de protección social, o, en otros casos, de migrantes que trabajan en sectores que están “out of sight”, o, en ámbitos desprovistos de leyes laborales (Reliefweb, 2019).

Mientras los son explotados a través del trabajo forzoso en la construcción y la fabricación, las mujeres y los niños “experimentan tasas más altas de esclavitud moderna” en el trabajo doméstico y sexual (Reliefweb, 2019). Ahora, Naciones Unidas estima que el 66% de las víctimas de trata de personas identificadas son, principalmente, niñas y mujeres latinoamericanas. En España, por ejemplo, el 90% de las prostitutas son inmigrantes, especialmente colombianas (una de cada tres), además de extranjeras procedentes de Brasil, Rumania, Ucrania, Rusia (Gómez, 2021). La mayoría de las víctimas tienen “muchas carencias e importantes características de vulnerabilidad” (Meneses, 2017). Del mismo modo, el tráfico de migrantes en condición de precariedad constituye un serio problema global. Según el “Informe global de tráfico de migrantes 2018” del Departamento de Seguridad Nacional de España, esta práctica generó “ganancias de 7000 millones de dólares para los traficantes, una cantidad equiparable a la suma de los presupuestos para ayuda humanitaria global de Estados Unidos y la Unión Europea durante el mismo año”, además de numerosos daños para los migrantes en condición de vulnerabilidad, a saber: ahogamiento, asfixia, accidentes, deshidratación, además de violaciones sexuales, malos tratos, abusos, secuestros, robos, extorsiones, entre otros delitos graves.

De esta manera, el atributo del “uso”, propio de aquél que no se pertenece a sí mismo, sino a otro, es característico de la vida de amplias poblaciones precarias y fungibles (usufructuables, recambiables y sustituibles por otros, según las necesidades políticas, económicas y militares de otros).

5. Conclusión

El paradigma de la instrumentalidad, que contiene las nociones de uso y de consumo del esclavo, transformado en un útil vivo y animado, a pesar de ser humano, responde con extraordinario rendimiento a la cuestión sobre la fungibilidad de las formas de vida contemporáneas. No hay duda de que las condiciones actuales de precariedad moral y material golpean con mayor dureza a ciertas poblaciones, que apenas alcanzan a sobrevivir diariamente, y cuyo único valor reside en su uso por otros. Así, numerosos grupos precarios son usados, intercambiados y consumidos debido a su empleo forzado, y desaparecen sin dejar huella de su existencia en el mundo, puesto que son seres sin obra (vida biográfica). En este caso, el esclavo, instrumento sensible y artificial, no solo está privado de su autonomía, esto es, de poseerse a sí mismo, haciéndose aquello que tiene en potencia, sino también de su

aparición singular ante los demás, a partir de sus propios gestos, palabras y actos concretos y fechables.

Con razón, Arendt advierte que “la principal característica de esa vida específicamente humana, cuya aparición y desaparición constituyen acontecimientos de-este-mundo-, consiste en que ella siempre está llena de acontecimientos que, al final, pueden ser narrados, pueden fundar una biografía” (2005, p. 111). De ahí la diferencia entre la *zoé* (vida desnuda de los actos singulares) y el *bíos* (existencia cargada de las obras propias), que ponen en juego la vida de la potencia y la potencia de la vida en lo que tienen de humano, de no animal, de no fisiológico (Kristeva, 2013, p. 50). No es posible hacerse obra sin ser humano plenamente, ya que la vida singular depende de la ejecución de las propias capacidades. No podría ser de otro modo, porque el “descubrimiento de quién es alguien está implícito tanto en sus palabras como en sus actos” (Arendt, 2005, p. 208). El esclavo, en cambio, en tanto pertenece a otro, y no a sí mismo, pasa y desaparece del mundo como un sueño; sin ninguna realidad en el mundo.

Referencias

- Agamben, G. (2001). *Medios sin fin* (A. Gimeno Cuspinera, Trad.). Pre-textos.
- Agamben, G. (2017). *El uso de los cuerpos: homo sacer IV, 2* (R. Molina-Zavala, Trad.). Adriana Hidalgo.
- Alessandri, A., Somarrivam M., Vodanovic, A. (2001). *Tratado de los derechos reales. Bienes. Tomo I*. Editorial Temis.
- Almeyda Sarmiento, J. & Pereira de Souza, H. (2024). Vivir bajo el realismo capitalista. Trabajo muerto, violencia positiva y hauntología en el filme *Aloners* (2021). *Revista Filosofía UIS*, 23(1), 8-25. <https://doi.org/10.18273/revfil.v23n1-2024001>
- Arendt, H. (2005). *La condición humana* (R. Gil Novales, Trad.). Ediciones Paidós.
- Bárcena, F. (2006). *Hannah Arendt. Una filosofía de la natalidad*. Herder Editorial.
- Barrio, C. (2011). Las raíces del concepto político de “acción” en Hannah Arendt: una interpretación reconstructiva del modelo práctico de Aristóteles. *Revista Filosofía UIS*, 10(2), 177–190.
- Bauman, Z. (2004). *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias* (P. Hermida Lazcano, Trad.). Ediciones Paidós.
- Bauman, Z. (2011). *Trabajo, consumismo y nuevos pobres* (V. de los Ángeles Boschioli, Trad.). Editorial Gedisa.

“Vida fungible”: de la impotencia a la aparición de la figura reprimida del esclavo (Paolo Virno, Judith Butler, Giorgio Agamben)
Adriana María Ruiz Gutiérrez

- Brown, W. (2019). *Estados del agravio. Poder y libertad en la modernidad tardía* (J. Cano, Trad.). Lengua de trapo.
- Butler, J. (2006). *Vida precaria. El poder del duelo y la violencia* (F. Rodríguez, Trad.). Ediciones Paidós.
- Butler, J. (2010). *Marcos de Guerra. Las vidas lloradas* (B. Moreno Carrillo, Trad.). Ediciones Paidós.
- Butler, J. (2018). *Resistencias* (I. Clúa, Trad.). Paradiso Editores.
- Castel, R. (1995). *Las metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del asalariado* (J. Piatogorsky, Trad.). Ediciones Paidós.
- Claro, L. (2013). *Explicaciones de derecho civil chileno y comparado. De los bienes* (Vol. III). Editorial Jurídica de Chile.
- Departamento de Seguridad Nacional (2018). *Informe global de tráfico de migrantes 2018*. <https://www.dsn.gob.es/va/node/8384>
- Galloway, H. (16 de mayo de 2022). La herencia de la pandemia en Nepal: el aumento de la trata de personas. *El País*. <https://elpais.com/planeta-futuro/2022-05-17/la-herencia-de-la-pandemia-en-nepal-el-aumento-de-la-trata-de-personas.html>
- Gómez, L. (03 de marzo de 2021). El 90% de las prostitutas que trabajan en España son inmigrantes. *El País*. https://elpais.com/diario/2001/03/04/sociedad/983660405_850215.html
- Kristeva, J. (2013). *Genio Femenino 1. Hannah Arendt* (J. Piatogorsky, trad.). Ediciones Paidós.
- Lorey, I. (2012). *Estado de inseguridad. Gobernar la precariedad* (R. Sánchez Cedillo, Trad.). Traficantes de Sueños.
- Mbembe, A. (2011). *Necropolítica* (E. Falomir Archambault, Trad.). Editorial Melusina.
- Meneses, C. (6 de noviembre de 2017). Cómo cambiar el peor destino de las migrantes. *El País*. https://elpais.com/elpais/2017/11/06/migrados/1509952892_150495.html
- Redacción BBC (13 de abril de 2017). El drama de los migrantes africanos que son vendidos en “mercados de esclavos” en Libia. *BBC News Mundo*. <https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-39579498>

“Vida fungible”: de la impotencia a la aparición de la figura reprimida del esclavo (Paolo Virno, Judith Butler, Giorgio Agamben)

Adriana María Ruiz Gutiérrez

Reliefweb (26 de julio de 2019). Migrants and their Vulnerability to Human Trafficking, Modern Slavery and Forced Labour. <https://reliefweb.int/report/world/migrants-and-their-vulnerability-human-trafficking-modern-slavery-and-forced-labour>

Ruiz, A. (2023). «La vida fungible» en la “guerra que no hemos visto”, un proyecto de memoria histórica en Colombia. *Revista Austral de Ciencias Sociales*, (44), 161-179. <https://doi.org/10.4206/rev.austral.cienc.soc.2023.n44-09>

Ruiz, A., & Giraldo, C. (2024). Otros marcos de representación de la guerra, que no hemos escuchado: de la «vida fungible» a la vida biográfica de un excombatiente en proceso de reintegración. *Perseitas*, 12, 401-424. <https://doi.org/10.21501/23461780.4779>

Ruiz, P. (2022). *Aristóteles. De la potencia al acto*. Emse Edapp.

Saidel, M. (2016). De la nuda vida al uso. *Pasajes: Revista de pensamiento contemporáneo*, (49), 36-48.

Steinbeck, J. (2017). *La perla* (H. Vázquez Rial, Trad.). Edhasa.

Tinazzi, C. (26 de enero de 2022). Los nuevos esclavos del campo italiano. *El País*. <https://elpais.com/planeta-futuro/2022-01-27/los-nuevos-esclavos-del-campo-italiano.html>

Virno, P. (2001). *Sobre la impotencia. La vida en la era de su parálisis frenética* (E. Sadier, Trad.). Tinta Limón.

Weil, S. (1996). *Echar raíces* (J. Capella Hernández, Trad.). Editorial Trotta.